

Grafitos en el Aula

FERMÍN PEDRO UBERTONE¹

RESUMEN

A partir de un grafito escrito en la puerta del aula donde daba clases, el autor procura invitar a reflexionar sobre la variedad de las modalidades de la comunicación alumnos-docentes y alumnos-alumnos.

PALABRAS CLAVE

Estudiantes - Docentes - Comunicación - Mensajes - Anonimato.

Graffiti in the classroom

ABSTRACT

The graffiti on the classroom where the author used to deliver lectures is the starting point for a reflection on the variety of ways of communication between students and professors and vice versa.

KEYWORDS

Students - Teachers - Communication - Messages - Anonymity.

1. LOS GRAFITOS

Hace años, decíamos “graffiti” en italiano y en plural. Con la incomodidad de no saber cómo decir cuando queríamos referirnos a uno solo: ¿“un graffiti”?

¹ Doctor en Derecho Constitucional (UBA).

Los objetos así designados se fueron haciendo más y más frecuentes. Hoy nos encontramos con que la palabra ha sido reconocida por la Real Academia, que la ha incluido en su Diccionario con la acepción que nos interesa. La verdad, nunca antes se nos había ocurrido mirar.

En fin, en esa acepción, un grafito (ortografía castellana) es un “Letrero o dibujo circunstanciales, *generalmente agresivos y de protesta, trazados sobre una pared u otra superficie resistente*”.²

La misma Academia anuncia que, para la próxima edición, ha reemplazado la definición por la siguiente: “Letrero o dibujo circunstanciales, *de estética peculiar, realizados con aerosoles sobre una pared u otra superficie resistente*”.³

Es interesante notar que se ha incorporado a la definición el instrumento tecnológico con el que se realiza: el aerosol.

Esto nos recuerda que, antes del aerosol, hablábamos de “una pintada”. El mismo significado, pero con la tecnología anterior.

El otro aspecto que llama la atención es la mención de un elemento estético (“de estética peculiar”) y la supresión de la frase: “generalmente agresivos y de protesta”. O sea que se reconoce en el grafito un elemento artístico, y –en la percepción de los señores académicos– ha perdido generalidad el carácter “agresivo o de protesta”.

2. GRAFITOS EN LA UNIVERSIDAD

Desde que éramos estudiantes, hace unos cincuenta años, veíamos “pintadas” en la ciudad, en los paredones exteriores de edificios que no eran viviendas, v. gr.: baldíos, depósitos, fábricas. Lo común era el contenido político-partidario, y el tiempo las campañas electorales. En esa época no se pintaban (en este sentido) los frentes de las casas de familia.

También había pintadas en las paredes de los pasillos de la Facultad. Usualmente las autoridades se ocupaban de hacerlas limpiar.

En tiempos más recientes, las pintadas entraron a las aulas, espacio antes vedado. Posiblemente porque en aquellos tiempos, las aulas se

² “Diccionario RAE”, 22ª ed., segunda acepción, nro. 2, consultado por Internet el 27-6-2012, bastardilla nuestra. Confesamos no entender lo de “circunstanciales”.

³ “Diccionario RAE”, “Avance de la vigésima tercera edición”, segunda acepción, nro. 2, consultado por Internet el 27-6-2012, bastardilla nuestra.

conservaban cerradas con llave cuando no estaban siendo usadas para dar clases o tomar exámenes. O por circunstancias culturales. Los expertos sabrán explicar por qué ese cambio.

Quienes somos docentes en la Facultad de Ciencias Sociales, estamos acostumbrados a los grafitos en las paredes de las aulas. Prevalecen los contenidos político-universitarios y reconocemos que, a veces, nos regalan muestras de un humor de primera calidad. De veras, cuando llegamos a un aula que no es la habitual de nuestras clases, por ejemplo: para tomar un examen, dedicamos a las paredes del aula una exploración de grafitos. Lo que, de paso, nos actualiza sobre lo que está ocurriendo. En la Facultad de Derecho recordamos un antecedente desagradable. El aula donde dábamos un curso lucía recién pintada al principio del cuatrimestre. Un verdadero desafío para lo que una inteligente colega llama “la patota del aerosol”.

Un día, primera clase de la semana, apareció un grafito que ocupaba toda la pared lateral del aula. La pared paralela a las ventanas, muy visible porque junto a ella corre el pasillo por el cual los alumnos circulan hacia sus bancos y desde ellos. Como una vidriera.

Una pared blanca crema, reluciente, con un solo dibujo en aerosol negro ocupándola toda. Pocos trazos, ningún texto. El autor demostraba buen pulso y muy buena percepción de conjunto de lo que no podía ver mientras dibujaba a corta distancia de la pared. El dibujo era, sin duda, arte figurativo y de una grosería extrema.

Al llegar a clase otro día (no inmediato) encontramos el aula clausurada. El curso había sido trasladado a otra aula, hasta el final del cuatrimestre. Se decía que una profesora había presentado una denuncia y que se estaba haciendo un sumario administrativo.

En fin, todo esto son antecedentes de nuestra anécdota de hoy. Vamos ahora al grafito que constituye el objeto central de este artículo.

3. UN GRAFITO RARO

Ese cuatrimestre dábamos un curso de CPO a primera hora de la tarde. La materia tenía un contenido institucional, no aplicable para el litigio judicial. Eran relativamente pocos alumnos.

Se hacía en el aula 100, posteriormente reformada y transformada en la belleza y elegancia que hoy es la Sala Vélez Sársfield. En ese entonces, era un aula común, ubicada en una esquina del primer piso. Había sido construida ocupando un amplio espacio de pasillo junto a una escalera, lo que algunos considerarían un “espacio ocioso”.

Un día, al salir del aula después de una clase, un ayudante me dice: “¿Lo vio?” Le pregunto: “¿Qué?” Me señala un texto escrito con tiza en la parte de adentro de una de las hojas de la puerta de entrada, abajo.

Entendí por qué no lo había visto. La puerta estaba en la pared del fondo del aula, paralela a la del escritorio del profesor. Cuando yo entraba al aula, esa hoja de la puerta está abierta y ese lado quedaba mirando hacia la pared y por lo tanto era invisible. Durante la clase, la puerta estaba cerrada, pero su parte baja quedaba tapada por los bancos de los alumnos.

No sé cuánto tiempo el grafito habrá estado allí. Seguramente no mucho, por estar escrito con tiza.

¿Qué decía el texto? Decía: “UBERTONE CAPO”, todas letras mayúsculas, tamaño discreto pero bien legible. No era mi letra, lo juro.

Me quedé perplejo. ¿Qué mensaje era ése? ¡Qué raro! Los grafitos se suelen usar para insultar anónimamente a los profesores, no para elogiarlos.

El elogio anónimo y escondido era algo sorprendente.

Algo que para mí empeoraba las cosas era que no podía descubrir a qué se debía.

No se usa un grafito para decir que el profesor asiste a todas las clases, llega temprano y cumple sus obligaciones docentes. Tampoco para decir que sus clases son buenas, suponiendo que las de ese curso lo fueran.

Yo estaba muy intrigado.

Traté de repasar mentalmente el desarrollo del curso hasta ese momento. No encontraba nada.

Aun así, hice un gran esfuerzo de imaginación. La primera suposición uno siempre la dirige hacia lo intelectual, los contenidos del curso. ¿Había dicho yo algo que el autor del grafito consideraba brillante? No me parecía. No recordaba nada que hubiera despertado un gran debate, con

cuestionadores y defensores. Tampoco nada de fuerte contenido político, las clases habían sido dadas de manera bastante objetiva y neutra.

Entonces, ¿qué?

Seguí pensando. Al fin, después de mucho, algo vino a mi mente.

El primer día de clase, a la hora de finalización, había sonado el despertador del reloj pulsera de un alumno (no era todavía época de teléfonos celulares). El sonido provenía del medio del aula, como para hacer más difícil detectar su origen.

Ningún alumno se retiró de la clase. El mensaje no era para el portador del reloj pulsera, era para mí.

Era como avisarme que ya había que terminar la clase y dejar que los alumnos se fueran de una vez.

Me enojé mucho.

Quien no puede o no quiere quedarse en mi clase unos pocos minutos más, puede retirarse. No hay problema, la autorización está dada por anticipado, desde el principio del curso.

Las escuelas primarias y secundarias usan timbres para avisar a profesores y alumnos las horas de entrada y salida de las clases. El del final de las clases es el más deseado por los alumnos: ¡recreo!

La Facultad no usa ese sistema. Los horarios de clase son un poco más flexibles, tanto para iniciar como para terminar. Las relaciones son distintas.

¡Y este alumno nos quería retrotraer a la secundaria!

¡Primera clase del curso y ya quería irse al recreo!

Al oír el despertador quedé convencido de saber quién era el alumno del reloj pulsera.

Al principio de la clase siguiente, dirigí a los alumnos un pequeño discurso, muy enérgico, diciendo más o menos lo que acá ha reseñado. Nadie podía desconocer mi enojo. Dije que no quería que el hecho se repitiera y que sabía quién era el autor. Que si no se repetía, el episodio no iba a afectar al curso. Pero si se repetía, yo iba a tener que tomar medidas.

No hablé de sanciones, sino de mayor exigencia intelectual. Llegado el caso, eso iba a ser beneficioso para el conjunto de alumnos, que iban a aprender más y mejor los temas del curso.

Ningún alumno se declaró autor ni se disculpó. Nadie dijo nada, gran silencio.

En todo el resto del cuatrimestre no volvió a sonar el despertador.

Aquél fue el único antecedente que yo imagino que pudo impulsar al autor del grafito.

Pudo ser así. No extraeré consecuencias o “lecciones” sobre las actitudes y comportamientos de los estudiantes universitarios. Dejo esas especulaciones para los lectores de este cuentito.

Pero si el autor del grafito u otro alumno de ese curso lee esta nota, lo invito a comunicarse conmigo para conocer y entender mejor esta pequeña historia.⁴

⁴ Por favor, enviar mail a: catedra_ubertone@yahoo.com.ar.

Fecha de recepción: 18-7-2012.

Fecha de aceptación: 18-8-2012.